

LILIANA DE RIZ

Laboratorio político Milei

*El primer año en
el sillón de Rivadavia*



Ariel

LILIANA DE RIZ

LABORATORIO POLÍTICO MILEI

El primer año en el sillón de Rivadavia

Ariel

1 | Un paisaje social desigual y fracturado

Si nos es concedido el tiempo suficiente,
habremos logrado ver todo y lo contrario de todo.

TULIO HALPERIN DONGHI¹

Este libro nació del desafío de analizar un experimento en curso: el presente continuo del gobierno de Javier Milei durante su primer año de gestión. Me despertó ansiedades que creía apagadas. Cómo interpretar a un personaje dogmático que se dice liberal y que emergió meteóricamente para sorpresa de todos, sin organización partidaria, sin anclaje territorial, montado únicamente en las redes sociales. Cómo narrar la política que día a día juega sus cartas contra los tiempos de una sociedad lacerada por la pobreza. La vorágine de información en el constante posteo de las redes sociales que alimentan a las tribus de seguidores impone temas de agenda cada día que se actualizan permanentemente, como en un *happening* ininterrumpido. Cómo escribir sin adoptar una mirada estrábica, atenta al pasado del que venimos para interpretar el presente que estamos viviendo y evitar así ser encandilados por la

1. Entrevista de Irene Benito, en *La Gaceta Literaria*, 3 de marzo de 2013.

coyuntura y correr el riesgo de volvernos rápidamente obsoletos.

Milei es un capítulo argentino de un proceso global en el que se asientan las raíces del crecimiento de las ultraderechas como alternativas a la crisis de representación y sus consecuencias en la sociedad: la desconfianza en las instituciones de la democracia y en las dirigencias políticas. La Argentina bajando como Dante en su descenso hacia el infierno. El porvenir en el pasado y el futuro sin porvenir, pura amenaza.

Acepté entonces el desafío de escribir este libro, entendido como un diario de navegación sobre las aguas de la tumultuosa política argentina que no deja de dar sorpresas. Comprender cómo llegó Milei al sillón de Rivadavia es un paso necesario para intentar descifrar las claves de su gobierno. El movimiento que fundó Juan Domingo Perón ha perdido influencia en su territorio de caza, los sectores populares. Con una economía que arroja a casi la mitad de la población a la informalidad, trabajadores que carecen de sindicatos y negociación colectiva de salarios quedaron a merced de la inflación que no solo consume su poder adquisitivo, sino que también va achicando sus oportunidades de encontrar «chambas» porque la clase media ya no puede contratar servicios que antes requería. En la masa creciente de pobres hay sectores que demandan oportunidades de progresar, trabajo genuino, un nivel de vida digno. Están conectados al mundo virtual en el que sus aspiraciones los acercan a una clase media que no ve una panacea en la dádiva que los somete. Milei les dio espe-

ranzas, alimentadas por la caída de la inflación. Ya en la elección presidencial que consagró a Mauricio Macri en 2015, como en la de renovación parlamentaria de 2017, hubo un voto transversal que abarcó a sectores de la pobreza: la crítica a un Estado que mantiene a muchos «planeros» sin generar trabajo asomaba en el voto a Cambiemos. Fueron sobre todo los jóvenes, la minoría intensa que «encontró la palabra», para decirlo con la voz de Milei; intérprete del ánimo colectivo y capítulo local del mosaico de respuestas específicas de cada país a las estructuras políticas decadentes y a los niveles crecientes de desigualdad y exclusión. Una época de incertidumbre y confusión, sin las certezas de la década de 1990, guiada por el Consenso de Washington y la convergencia de democracia liberal y economía de mercado.

El «fenómeno Milei» no se comprende sin el telón de fondo de las transformaciones del paisaje social en Argentina. Es posible decir que es un emergente de una sociedad fracturada entre los que tienen y los que no tienen, muy distinta de la sociedad que conocí en mi infancia. En la década de 1940, Argentina casi no tenía analfabetos y la población universitaria era una de las más altas del mundo. En 1948, el PBI per cápita del país era del 84% del promedio de las diez economías más grandes, y hoy ese valor es del 34%.

Tuve una infancia típica de clase media modesta, pero con un nivel de vida que hoy sería equivalente al de la clase media acomodada. Fui a una escuela religiosa —la Sagrada Familia del barrio de Flores— con uni-

forme adusto de sarga azul, misa cada domingo y culpa por los «malos pensamientos». Vacaciones en Córdoba, en hoteles sobrios, pero con «pensión completa», que hoy serían la envidia de veraneantes no acaudalados. La vida cotidiana transcurría entre la escuela y la casa, los deberes y los almuerzos reforzados por una abuela que nos daba jugo de carne exprimiendo trozos de lomo. Salidas a hacer compras en el centro de la ciudad: una excursión completa a Casa Scherer, cerca de Gath & Chaves, enorme y elegante. Éramos una familia de clase media austera pero con expectativas de progreso. Nietos de inmigrantes, con el ímpetu que impuso el apetito de porvenir de los que llegaban a encontrar un futuro dispuestos a no escatimar esfuerzos en pos de «hacer la América». Mi padre, óptico diplomado, proveniente de una familia de inmigrantes italianos muy modesta: un abuelo paterno electricista de Gath & Chaves y una abuela planchadora en la casa de un médico prestigioso. Mi abuelo materno era italiano, de familia trentina próspera y migrante en la fragata Sarmiento, fue técnico en radiografías en el Hospital Teodoro Álvarez; mi abuela materna, ama de casa gallega. Empleado en una exitosa óptica de la calle Florida, mi padre era socialista, pero abrazó el peronismo tras ser despedido por defender a empleados que fumaban en los baños de la empresa. Tras el derrocamiento de Perón en 1955, me cambié a la Escuela Normal N° 4, en Caballito, que era un faro de modernidad en la época, con Gilda Romero Brest como profesora y asesora de las innovaciones pedagógicas y con María Hortensia

Paliza de Lacau como directora, una profesora de literatura luminosa.

La llegada de Frondizi, y con él la esperanza de entrar al mundo de la modernidad, duró poco y otro golpe militar lo derrocó. La Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, en la que me formé, era un ámbito de excelencia con profesores como Mario Bunge, Tulio Halperin Donghi, José Luis Romero y Gino Germani, entre muchos otros. El gobierno de Arturo Illia parecía demasiado provinciano en la febril década de 1960 retratada por Oscar Terán en su libro.² Los años sesenta fueron un momento de una conciencia generalizada acerca del atraso económico como destino al que solo podía oponérsele una «revolución», entendida como ruptura con las formas tradicionales de gestión de la democracia política. Este diagnóstico, compartido por la derecha y por la izquierda del espectro político, tuvo un amplio eco en una sociedad que había visto frustrarse las expectativas de la nueva Argentina prometida por Arturo Frondizi a fines de los años cincuenta.

En mi juventud, Argentina se ubicaba poco más abajo del vigésimo lugar en el PBI per cápita, y actualmente está cerca del puesto sexagésimo (aun con mayor cantidad de países, es relevante la comparación). Si se coteja con 2017, el PBI registró un retroceso de 5,1%

2. Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013. Véase también *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2015.

en los tres trimestres que van de diciembre de 2023 a agosto de 2024. En los inicios de los años 1960 había una Argentina inestable desde el punto de vista político, pero sin los escandalosos niveles de pobreza actuales. La economía crecía y había una clase media mucho más robusta en relación con el contexto latinoamericano. En los inicios de esa década, la sociedad argentina era todavía la de «mi hijo el doctor», a la que los golpes de Estado militares de esos años —el derrocamiento de Frondizi primero, con el fin de la ilusión de un desarrollismo que nos integrara al mundo del progreso, y el de Illia, poco después— terminaron hundiendo en el atraso y desatando la violencia que germinó en la tragedia de los años setenta.

En 1966, los militares aparecieron como una solución menos temible que la decadencia y el caos a los que la sociedad se creía condenada. Esta visión formaba parte del clima de ideas de la época. Las columnas de *Primera Plana* prepararon la Revolución Argentina matizando las profecías entusiastas del periodista Mariano Grondona con el beneplácito hacia otras revoluciones políticas y culturales de signo muy distinto y lograron captar un público fiel entre militares y civiles.

En ese momento decidí partir del país, ya que la carrera de sociología era un pasaporte al peligro. Primero estuve estudiando en Chile, luego fui profesora en Uruguay, regresé a Santiago de Chile e ingresé a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), centro del pensamiento latinoamericano de la época en el que descollaban sociólogos como Fernan-

do Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Jorge Graciarena, Aníbal Pinto, Aldo Solari, Julio Cotler y Aníbal Quijano. El golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende en 1973 me llevó a México, estadia que duró una década con un intermedio en París. Regresé a Argentina en 1982, en los albores de la transición democrática. Estos cuarenta años de la democracia instaurada en 1983 —la mitad de mi vida— son el trasfondo en el que veo gestarse la ola oscura que lleva a Milei al poder, amasada lentamente a lo largo de años de desencantos, frustraciones, sufrimientos y exilios. Recuperamos el Estado de derecho con Raúl Alfonsín, hubo alternancia y un gobierno de signo no peronista pudo terminar su mandato. La democracia sobrevivió a rebeliones militares y a la gravedad de las sucesivas crisis económicas, pero ningún gobierno pudo conciliar crecimiento económico y bienestar de las mayorías.

La sociedad argentina actual se asemeja poco a la que recuerdo de mi infancia y de mi juventud. Se trata de una sociedad estancada con más de la mitad de su población en la pobreza y a la espera de un cambio que logre sacarla del pantano en el que está hundida. En los años 1980, conversando con Carlos Monsiváis, él me decía que en México nunca pasa nada, pero pasa de todo, y yo le comentaba que en Argentina pasa de todo, pero no pasa nada. En este país, las placas tectónicas resisten, solo se agita la superficie; pero esta vez las placas se sacudieron.

La sociedad que había surgido al calor de las grandes transformaciones de finales del siglo XIX, que Milei

evoca como marco de referencia de la grandeza perdida que promete recuperar, era abierta, móvil y de progreso. La pertenencia a la clase media estaba estrechamente ligada a la identidad social, a las marcas del ascenso y el progreso individual y colectivo que nos distinguieron del resto de las sociedades de la región e hicieron que cada generación confiara en que la siguiente estaría mejor. Gino Germani mostró el acelerado crecimiento de la clase media desde finales del siglo XIX.³ En menos de una generación surgió un amplio estrato medio que reclutó a sus miembros entre los sectores populares, tanto urbanos como rurales, al tiempo que la movilidad social fue no solo de carácter intergeneracional sino también de naturaleza intrageneracional. El rápido avance de la educación, forjado en los ideales de Mariano Moreno primero y de Sarmiento después, sumado a la inmigración, la inversión productiva y el *boom* agropecuario, modelaron una sociedad de gran movilidad social, vital y conflictiva, con expectativas crecientes de desarrollo.

El primer peronismo alimentó la esperanza de progreso en un país en el que los obreros se confundían con la clase media y ascendían en la escala social. Empero, en la segunda mitad del siglo pasado, el estancamiento económico, solo alterado por breves ciclos de recuperación, convirtió a Argentina en un país de atraso económico y voluminosas clases medias. El prolongado estancamiento y los breves interregnos de crecimiento

3. Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1954.

modificaron las representaciones de la sociedad sobre sí misma.

Hacia 1970, el 40% intermedio percibía el 36,1% del ingreso; el 40% más pobre, el 16,5%, y el 20% más rico, el 47,4%. Los datos permiten afirmar que Argentina se caracterizaba por un moderado nivel de desigualdad distributiva. La pobreza estaba acotada a algunos bolsos de áreas rurales y a relativamente reducidas proporciones de la población urbana. Comparada con Brasil, México y Chile, Argentina era una sociedad mucho más igualitaria y su estructura social, muy semejante a la que tenían Dinamarca o el Reino Unido en esa época.⁴

A fines de la década de 1960 y durante la de 1970, la imagen de la clase media había comenzado a cambiar para una generación de jóvenes rebeldes formados en las nuevas subculturas contestatarias, que la asociaron a la mediocridad, la mojigatería y el conformismo. Muchos de esos jóvenes se unieron a las filas de la izquierda para valorizar el papel de las masas trabajadoras y del peronismo. El cambio de las alianzas de sectores de la clase media en favor del peronismo fue ejemplificado por el papel emblemático que jugó la Juventud Peronista (JP) en los años que precedieron al retorno de Perón al poder en 1973. Esa fuerza, reclutada entre universitarios y estudiantes de nivel secundario, dio un giro de ciento ochenta grados respecto de las orienta-

4. Oscar Altimir, Luis Beccaria y Martín González Rozada, «La distribución del ingreso en Argentina 1974-2000», en *Revista de la CEPAL*, núm. 78, diciembre de 2002.

ciones políticas de los sectores de la sociedad de los que provenía. La magnitud del cambio se aprecia cuando se tiene en cuenta que la clase media argentina en su conjunto se opuso al peronismo en 1955 y los estudiantes universitarios fueron entonces la oposición civil que contribuyó a la caída del régimen popular. Muchos de esos estudiantes eran hijos de quienes habían luchado contra Perón. La juventud de clase media opuso el enfrentamiento a la negociación y abrevó en la utopía armada con la que irrumpió en la escena política. El desenlace de la violencia desatada fue el golpe de Estado militar de 1976. El proceso de empobrecimiento sufrido por gran parte de la sociedad argentina a partir de la profundidad y persistencia de la crisis iniciada a mediados de la década de 1970 llevó a integrantes de las clases medias a engrosar las filas de la pobreza.⁵

El Rodrigazo —la gran devaluación de 1975— y los inicios de la dictadura militar, con la apertura económica irrestricta y la feroz represión, marcaron un punto de inflexión en el que no pocos cifran el momento en que se jodió la Argentina.⁶ A mediados de la década de 1970 emergió un país socialmente fracturado,

5. Alberto Minujín y Gabriel Kessler, *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

6. Liliana De Riz, «La clase media argentina: conjeturas para interpretar el papel de las clases medias en los procesos políticos», en Ludolfo Paramio (coord.), *Clase media y gobernabilidad en América Latina*, Madrid, Fundación Ideas para el Progreso/Instituto Pablo Iglesias, 2010.

con una economía que no crecía y un Estado colonizado por intereses privados. La Argentina próspera e integrada había quedado atrás. En 1974, la pobreza alcanzaba al 7% de la población. Desde entonces, no paró de crecer y la población bajo la línea de pobreza llegó al 52,9% en el primer semestre de 2024, según datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). «En 1980, el 70% de la población argentina era de clase media. El resto se dividía entre un 5% de clase alta, un 21% de clase baja trabajadora y apenas un 4% restante se ubicaba bajo la línea de la pobreza. La tasa de desempleo era del 2,5% —técnicamente “pleno empleo”—. El coeficiente de Gini, que mide la distribución de los ingresos en una escala de 0 a 1, había llegado a ser de 0,36 puntos a mediados de los años 1970. En los términos de las Naciones Unidas, se ubicaba en aquel entonces dentro de las sociedades de inequidad moderada. Hoy se clasifica de ese modo a países como Alemania, Francia, Canadá, Nueva Zelanda, Reino Unido, España, Portugal e Italia, entre otros. En 1980, la desigualdad era algo mayor: 0,41 puntos. Un valor similar a los 0,40 puntos que se registran actualmente en los Estados Unidos».⁷

Para los jóvenes nacidos y criados tras la crisis de 2001, la década de 1980 forma parte del pasado remoto de un país que no conocieron y del que solo pueden tener referencias por sus padres o abuelos. Les parece

7. Guillermo Oliveto, «Utopía 2030: shock, aceleración y fragilidad», en *La Nación*, 2 de septiembre de 2024.

más un mito que una realidad. La recuperación entre 2003 y 2007 vino a reemplazar proyectos de mediano y largo plazo de los años 1980 y 1990 por el consumo presente. Del sueño de la casa propia al celular, la *laptop*, la ropa y el viaje como nuevos estímulos sustitutivos, en palabras de Oliveto. Como se ufanaba Cristina Fernández de Kirchner, los argentinos dejaban los partidos por el supermercado y, por cierto, no pensaban en el futuro de sus hijos.

En la década de 1990, las clases medias se fracturaron entre los sectores competitivos y los que no lo eran, entre ganadores o perdedores de las consecuencias de la reestructuración de la economía y del impacto precedente de las crisis económicas de la «década perdida». El crecimiento de la economía y las políticas sociales y de estímulo al consumo habían engrosado las filas de la denominada «nueva clase media», que entre 2004 y 2012 creció a costa de la clase baja. Muchos de los ingresos de esos hogares eran la contrapartida del gasto público. Cuando el ingreso cayó porque ni el país ni el empleo crecían y la inflación se aceleró, esos hogares volvieron a la pobreza, sometidos a los ciclos de la economía. Desde 2012, la tendencia al crecimiento de la nueva clase media se revirtió. Sin capacidad de ahorro, agobiados por el peso de la carga impositiva de un Estado ineficiente que no aseguró servicios básicos de calidad, los sectores medios consideraron que la acción del gobierno le había puesto un cerco a su estilo de vida, un estilo que iba más allá del ingreso y el consumo, como bien lo supo describir

Manuel Mora y Araujo.⁸ La economía, que había caído el 11% en 2002, en 2020 cayó un 9,9% —una caída solo superada por Perú en América del Sur— como consecuencia del impacto de la pandemia y la pésima gestión de la misma.

El año 2023 concluyó con casi el 42% de la población por debajo de la línea de pobreza, el 12% con ingresos de indigencia y unos 7 millones de trabajadores informales o precarios, que desde hace años se han convertido de hecho en ciudadanos de segunda categoría en materia de derechos sociales y laborales. Con una inflación que alcanzó el 276% y un escenario similar al del primer semestre de 2020, en plena pandemia. Junto con el retroceso del PBI por habitante en la última década, el estancamiento del empleo privado registrado y la perspectiva de la quiebra del sistema previsional engrosado por sucesivas moratorias de quienes no hicieron los correspondientes aportes, el paisaje social es el de una Argentina muy diferente de la que alimentó la «pulsión igualitaria», esa Argentina en la que «nadie es más que nadie» y que tuvo en Mar del Plata su expresión más nítida. Hoteles sindicales, obreros veraneando en la costa y una clase media en gran parte propietaria de los pequeños departamentos que surgieron con el *boom* de la construcción, festivales de cine que vieron desfilar

8. Manuel Mora y Araujo, «Vulnerabilidad de las clases medias en América Latina. Competitividad individual y posición social», en Alicia Bárcena y Narcís Serra (editores), *Clases medias y desarrollo en América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL y Fundación CIDOB, 2010.

a famosos por esas construcciones del ingeniero Bustillo que prolongaban el esplendor del Centenario: una Argentina homogénea e integrada tan bien descrita por Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre.⁹ Una Argentina que ya no está.

En el primer trimestre del año 2024 el coeficiente de Gini pasó de 0,43 puntos a 0,47 puntos de acuerdo al INDEC. El 10% de los sectores de mayores recursos tuvo ingresos 19 veces superiores al 10% más pobre: la sociedad argentina es cada vez más desigual. En marzo de 2024 el índice de pobreza saltó al 54,8% y afectó a 25,5 millones de argentinos. Un año atrás era del 38,7% según datos de la Encuesta Permanente de Hogares que realiza el mismo INDEC. La indigencia subió fuertemente —incluso con planes sociales actualizados—: en el primer trimestre de 2024 rondaba el 20%. En menores de 14 años llegó al 66,1%, es decir, 7,3 millones de chicos. La pobreza alcanzó en el primer semestre a casi seis de cada diez personas que viven en el conurbano bonaerense mientras que la indigencia en esos partidos de la provincia de Buenos Aires más que se duplicó en el último año, llegó al 22,7%. Según datos del Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina, la pobreza y la indigencia bajaron en el segundo trimestre respecto al primero debido a la caída de la inflación junto al aumento en los salarios del sector privado, pero siguen altas: la pobreza fue

9. Elisa Pastoriza y Juan Carlos Torre, *Mar del Plata. Un sueño de los argentinos*, Buenos Aires, Edhasa, 2019.

de 49,4% (-5,5 puntos) y la indigencia de 15,9% (-4,4 puntos). Según el INDEC, el índice de pobreza en el primer semestre de 2024 fue del 52,9%, confirmando la tendencia a la baja como corolario de la caída de la inflación. Acompañando esa caída, la pobreza también ha tendido a descender y, según estimaciones no oficiales, ronda el 38% en el mes de diciembre.

La estructura social se transformó. Estamos en presencia de una clase alta que se recorta del resto, una media alta que trata de mantener su estándar de vida, una media baja que vive con miedo a caer y una baja que se diluye entre los diferentes tipos de pobreza. La creciente precarización, no solo en materia de ingresos sino también en materia de dignidad social, alimentó los temores al descenso al escalón inferior. Un resentimiento reaccionario y la búsqueda de chivos expiatorios fueron sentimientos que Milei supo interpretar. Les fabricó un enemigo: la casta. La inseguridad social y el miedo abren las puertas al autoritarismo.

Si en Argentina no existiera la vasta red de protección social que cubre básicamente a toda la población de adultos mayores, todos los niños y una parte importante de los adultos, los niveles de pobreza, desigualdad y exclusión social serían abismalmente más altos. Sin esta red de contención, un pilar histórico sobre el que se edificó el país en el siglo xx, crecería el riesgo de que se derrumbe la frágil cohesión social que mantiene unida a la sociedad argentina. Esa red hoy se muestra insuficiente y precarizada. Y así estamos tras tantos vuelcos y remontadas ante un futuro incierto.

En América Latina, los movimientos nacionales y populares conceptualizados por Gino Germani en *Estructura social de la Argentina* fueron la clave de bóveda para interpretar las transformaciones que trajo aparejada la revolución industrial y el acelerado proceso de incorporación de las masas a la política hacia mediados de la década de 1940. La singularidad del momento actual consiste en la reversión del proceso de movilidad social ascendente que describió el sociólogo. Los procesos de movilidad, sea ascendente o descendente, plantean desafíos para dar respuesta a las masas disponibles que generan. Como en los años 1940, hay masas disponibles para ser movilizadas por nuevos movimientos políticos. Como entonces, el pueblo se opone a la elite; ayer, el pueblo contra la oligarquía, y hoy, el pueblo —la gente de bien— contra la casta. Populismos gobernados por liderazgos para los que las instituciones solo son limitaciones a sus designios y el Estado es un botín para distribuir premios y castigos a su arbitrio en nombre del pueblo que dicen encarnar. Populismos que Germani supo caracterizar como variantes del género autoritario. En esta Argentina fracturada, Milei logró llegar al poder con los votos de una minoría intensa que desde las redes sociales interactuó con él como un par dispuesto a darle voz y sacarla del pantano en que estaba hundida, en una suerte de revolución contra los privilegiados que colonizaron el Estado. Comenzó entonces una nueva historia, un capítulo inaugural del cambio que estamos atravesando al compás de las grandes y veloces transformaciones que sacuden al mundo de hoy. Se trata de un

experimento con desenlace abierto. Acaso la sociedad soporte el duro ajuste porque tiene la esperanza de que esta vez dará resultado. Mientras tanto, sigue esperando que los mercados reaccionen bien, que lleguen los inversores y que el derrame alcance a los sobrevivientes del «más grande ajuste de la historia». La sociedad argentina está en modo espera.